



UNIVERSIDAD DE  
ALCALÁ

# LAUDATIO

del

EXCMO. SR. D. MIGUEL DELIBES

por el

ILMO. SR. D. ANTONIO ALVAR EZQUERRA

Catedrático de Filología Latina  
Facultad de Filosofía y Letras



# DISCURSO DE INVESTIDURA

del

EXCMO. SR. D. MIGUEL DELIBES

30 de mayo de 1996

PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD

FUNDACION  
MIGUEL  
DELIBES  
*Miguel Delibes*

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

*Miguel Delibes*

**LAUDATIO**

DE

**D. MIGUEL DELIBES**

(con motivo de su solemne investidura como Doctor *Honoris causa* en la Universidad de Alcalá el 30 de mayo de 1996)

POR

**ANTONIO ALVAR EZQUERRA**

**CATEDRÁTICO DE FILOLOGÍA LATINA**

**UNIVERSIDAD DE ALCALÁ**



LAUDATIO

DE

D. MIGUEL DELIBES

(por motivo de su reciente fallecimiento como Doctor Honoris Causa en

la Universidad de Alcalá el 30 de mayo de 1993)

por

ANTONIO ALVAR EXQUELERA

CATEDRÁTICO DE FÍSICA BÁSICA

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Excmo. Sr. Rector Magnífico  
 Excmas. e Ilmas. Autoridades  
 Excmos. e Ilmos. Sres.  
 Sres. Profesores y Alumnos  
 Sras. y Sres.

Nos hemos reunido hoy, en este solemne recinto del Paraninfo de la Universidad de Alcalá, para celebrar uno de los actos más emotivos de cuantos jalonan la vida de una academia como la nuestra: la concesión del grado de *Doctor Honoris Causa*; pero convendrán también conmigo en que, en esta ocasión, el acto es doblemente emotivo, pues la persona a la que hemos querido conceder tal grado – mejor sería decir, la persona que nos honra al aceptar la concesión de dicho grado– es, nada más y nada menos, D. Miguel Delibes. Sin duda ninguna, se benefician más nuestro Departamento de Filología, nuestra Facultad de Filosofía y Letras y nuestra Universidad al incorporar a su Claustro de Profesores a D. Miguel Delibes que él recibiendo el honor. Y podrán imaginarse, por tanto, la emoción que me embarga al haberseme confiado la distinción de actuar de padrino del doctorando y de defender sus muchos merecimientos para el grado, empresa nada difícil, por cierto, en estas circunstancias.

Para ello, seguiré las normas establecidas por la tradición, de acuerdo con las cuales la defensa de los méritos del doctorando se basará fundamentalmente en la exposición de los hechos más sobresalientes de su trayectoria intelectual y humana, de manera que, si no fracaso en mi empeño, al final de mi *laudatio* –que será por exigencias del acto más breve de lo conveniente– deberán haber quedado de manifiesto sus extraordinarias condiciones para impartir entre nosotros su magisterio.

\* \* \*

D. Miguel Delibes nació, el tercero de ocho hermanos, hace ya setenta y cinco años (17 de octubre de 1920) en Valladolid, donde cursó sus primeros estudios y se licenció en Derecho, tras haber trabajado como caricaturista y como empleado de banca; a propósito de su actividad como dibujante, diría años después: "El artista que lo es de verdad dispone de un mundo personal e insobornable; su único problema –y no baladí– reside en la elección de voz. Esta elección, por otra parte, no supone castración del resto de sus facultades, sino embotamiento que sólo el correr de la vida dirá si es provisional o definitivo. Al artista siempre le será factible derivar, iniciar otro camino, poner en circulación nuevos recursos expresivos. Lo único imposible será reducirle al silencio cuando verdaderamente tiene algo que decir".

Más tarde, seguiría su formación como Intendente Mercantil – actividad en la que sorprendentemente encontró su vocación de escritor al leer un texto de Derecho Mercantil de Joaquín Garrigues– en Bilbao y como Periodista en Madrid; en 1945 obtuvo una cátedra de Historia del Comercio en su ciudad natal, de manera que pudo simultanear la profesión docente con la periodística, pues fue Director del prestigioso diario vallisoletano "El Norte de Castilla" hasta 1963; mientras tanto, en 1946 había contraído matrimonio con Ángeles de Castro, con la que tuvo siete hijos y de la que enviudó en 1974.

Pero la actividad en la que D. Miguel Delibes destacó de modo eminente desde fechas relativamente tempranas fue, como es bien sabido de todos; la de escritor. Cuando contaba veintiocho años de edad recibió el Premio Nadal por *La sombra del ciprés es alargada* (1948), novela primera de un narrador intuitivo, en donde se contienen ya algunas de las características más notables de su dilatada producción literaria y a las que luego me he de referir. Desde entonces, y a pesar de sus otras actividades docentes y periodísticas, ha cumplido con su oficio y vocación de escritor con una regularidad pasmosa, dando a la luz aproximadamente un libro por año; y la cosa alcanza ya el medio siglo. Otros hay que han escrito mucho también; incluso más. Pero son pocos los que han recibido el aplauso y el reconocimiento generalizado de crítica y público, privilegio que sólo está reservado a quien sabe aunar las excelencias de la calidad con una permanente y generosa

inmersión en los problemas vitales, de hoy y de siempre; y ello, sin concesiones frívolas que le hagan renunciar a su bien definida personalidad humana y literaria. Él mismo ha declarado en alguna ocasión: "Los muchachos preferirían que les recitase a Kafka o a Faulkner o a Camus que son los maestros que ahora privan, pero yo no lo hago así: los muchachitos que leen a Faulkner o a Kafka o a Camus se empeñan luego en escribir *Las palmeras salvajes* o *El proceso* o *La peste*, que da la casualidad de que ya están escritos. Leyendo a Garrigues, en cambio, no corren ese riesgo. Leyendo a Garrigues aprenderán a valorar los adjetivos y a escribir con frases justas, claramente y con sencillez, sin que en ningún momento les pique la tentación, creo yo, de redactar un curso de Derecho Mercantil".

Sirvan como refrendo de mis palabras, en lo que al aplauso de la crítica se refiere, la mera enumeración de algunos de los galardones literarios con que cuenta en su palmarés: además del Nadal ya mencionado, el Nacional de Literatura por *Diario de un cazador* (1955), el Premio Fastenrath de la RAE por *Siestas con viento Sur* (1957), el de la Crítica por *Las ratas* (1962), el de Castilla y León, el Príncipe de Asturias, el Air Inter, el de Burdeos, el Nacional de las Letras Españolas y el Cervantes, que —como fruto ya muy maduro, indiscutible e indiscutido— recibió en este mismo lugar de manos de sus Majestades Los Reyes el mes de abril de 1994.

Además, su obra es objeto de estudio por la crítica especializada a lo largo y ancho de los cuatro puntos cardinales, en universidades propias y en universidades foráneas, desde hace más de cuarenta años. Por no señalar sino algunos hitos importantes en el análisis de su personalidad y de sus creaciones, recordaré tan sólo los estudios de Edgar Pank (*Miguel Delibes: desarrollo de un escritor*, Madrid, Gredos, 1975), Alfonso Rey (*La originalidad novelística de Delibes*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1975), Ester Bartolomé (*Miguel Delibes y su guerra constante*, Barcelona, V. Pozanco, 1979), Ramón García Domínguez (*Miguel Delibes: un hombre, un paisaje, una pasión*, Barcelona, Destino, 1985), Manuel Alvar (*El mundo novelesco de Miguel Delibes*, Madrid, 1987; o "Castilla habla", *Cuadernos de Filología Hispánica*, Madrid, nº 7, 1987, pp. 507-520 = *Nuevos estudios y ensayos de Literatura contemporánea*,

Madrid, CSIC, 1991, pp. 243-260), etc. Súmense a todos los mencionados, Tesis doctorales, Memorias de licenciatura, cursos, seminarios, conferencias y trabajos universitarios y escolares sin fin (recuerden que la fama no llega *per ora virum* sino *per ora puerorum*, pues tan sólo es famoso de verdad quien es conocido por los niños), para imaginar el impacto de su narrativa.

Y, por lo que se refiere al aprecio popular, no pudiéndoles dar las cifras de ventas de sus obras para no crearle problemas con Hacienda, me atrevo a decir que serán pocos los hogares españoles – sobre todo si aprecian la lectura– que no cuenten con alguna novela suya; y, por si persistiera la duda –dadas las escasas aficiones literarias de algún sector de nuestra sociedad–, me bastará con añadir que ha sido traducido a más de veinte idiomas, con lo que muchos hogares extranjeros cubrirán las injustificables ausencias en los nuestros. (Por no citar más que un ejemplo, su novela *El camino* se tradujo al portugués en la editorial Ulisseia, al francés en Gallimard, al inglés en las editoriales norteamericanas Holt Company y Day y en la inglesa Hamilton, al alemán en Bachen; en esta última lengua las tiradas han superado los 20.000 ejemplares). De manera que hoy y para todos nosotros don Miguel Delibes es simplemente Miguel Delibes y, si me apuran, Delibes a secas, pues en él reconocemos a un 'clásico viviente', calificativo que –salvo en rarísimas ocasiones– suele ser lo que en Retórica se denomina un imposible. (Ya lo decía nuestro epigramatista Marcial hace casi dos mil años:

Esse quid hoc dicam vivis quod fama negatur

et sua quod rarus tempora lector amat?

Hi sunt invidiae nimirum, Regule, mores,

praeferat antiquos semper ut illa novis...

Vos tamen o nostri ne festinate libelli:

si post fata venit gloria, non propero.

[¿Cómo me he de explicar que la fama se niegue a los vivos y que es raro el lector que gusta de sus contemporáneos? Ésas son, amigo Régulo, las costumbres admirables de la envidia, que ella prefiere siempre los antiguos a los modernos...Por eso, no os apresuréis, libritos míos; si tras la muerte llega la gloria, no tengo prisa. V, 10])

Además, tres de sus novelas han sido adaptadas personalmente por él para el teatro y seis han sido llevadas al cine. Las primeras son *Cinco horas con Mario* (por cierto, don Miguel, no sé si sabrá que ahora los alumnos no regalan ya a los profesores ni cochinitos ni jamones ni nada de nada; y lo sentimos casi tanto como Carmen), *La hoja roja* y *Las guerras de mis antepasados* (mi novela favorita); las segundas, *El camino*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, *El príncipe destronado*, *Los santos inocentes* (¡qué grandísima novela y qué grandísima película!), *La sombra del ciprés es alargada* y *El disputado voto del señor Cayo*.

Naturalmente, los honores y distinciones a los que se ha hecho acreedor por tales razones son tan variados como significativos: es miembro de la Real Academia desde 1974, de la Hispanic Society of America, de la Society of Spanish American Studies, Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres de Francia, Hijo Predilecto de la Ciudad de Valladolid, Adoptivo de la provincia de Burgos, Medalla de Oro de la de Valladolid, Doctor *Honoris causa* por las Universidades de Valladolid, Complutense y Saarbrücken (R.F.A.), etc., etc. Y, de manera simultánea e inevitable, ha tenido que practicar —quizás mucho más de lo que él desearía, pero mucho menos de lo que desearíamos los demás— el nomadeo docente, impartiendo cursos y conferencias por numerosas e importantes universidades de Europa y de América.

\* \* \*

Miguel Delibes no es un escritor más; es una vocación profunda de comprender los problemas esenciales del hombre y su entorno, que se expresa por medio de la palabra escrita. Y, si fuera preciso calificar con una sola su personalidad literaria, yo no dudaría en utilizar la de 'honesto', adjetivo que siempre convino a sus paisanos de Castilla. Honesto en todas las acepciones del Diccionario de la RAE: 'decente', 'decoroso', 'recatado', 'pudoroso', 'razonable', 'justo', 'probo', 'recto' y 'honrado'. Nada más y nada menos, en los tiempos que corren.

No obstante, intentar caracterizar el inmenso y riquísimo universo literario y vital contenido en sus escritos sería como poner puertas al campo, pues Miguel Delibes no es tan sólo un excelente

novelista. Ha cultivado con indudable acierto otros géneros literarios, como el relato corto, el libro de viajes, el diario, el artículo periodístico o el ensayo. Incluso, alguna de sus publicaciones —como esa formidable radiografía de su tierra llamada *Castilla habla*—, se deja clasificar mal en cualquiera de los géneros mencionados y quizás habría que acotar para ella un espacio a medio camino entre la encuesta etnográfica, el ensayo antropológico y el libro de viajes.

Además, los tonos de su narrativa abarcan una amplísima paleta de colores, en la que se incluyen el humor y la ironía, pero también la sobriedad descriptiva y la meditación melancólica, con toda la gama de matices intermedios que quepa imaginar. De la misma manera, fracasaría quien quisiera reducir a un esquema simple los temas preferidos de su labor, mas, sin duda, entre ellos habría que referirse siempre a la psicología del mundo infantil, a la descripción y recreación del mundo rural —especialmente, del castellano—, a la defensa de la naturaleza y de los humildes, a la censura de la mezquindad de cierta pequeña burguesía, a la denuncia de las injusticias sociales...

En definitiva, es la sociedad española en su conjunto, vista desde la óptica de un hombre atento y que se siente definitivamente arraigado en su tierra, la que desfila por las páginas de sus escritos, compuestos con prosa cuidada y elegante. El realismo y el gusto por los detalles —en la descripción de ambientes, en el análisis de personajes, en la preocupación por conservar el habla coloquial en vías de extinción como la vida que representa— le sirven a Delibes para ofrecernos un universo donde el pesimismo, a veces noventayochista, se encuentra finalmente refrenado por la ternura o matizado por un delicado humor.

De ahí que se haya podido decir que en sus libros aprende el historiador de la literatura, el dialectólogo, el lexicógrafo, el sociólogo, el etnógrafo, el psicólogo...y, lo que quizás sea mucho más importante, que, leyendo su obra, homogénea y regular, poco dada a fantasías técnicas de caducidad inmediata, se crean adictos a la lectura. ¡Ojalá esta raza de escritores fuera más abundante!

\* \* \*

Pero Miguel Delibes no es sólo un escritor excepcional. Posee también una calidad humana que cautiva a cuantos le conocen y le hace ganarse el respeto y la admiración de cualquier persona bien nacida. Quiero ilustrar mi afirmación contándoles dos anécdotas que me conciernen personalmente. Estoy seguro de que muchos otros las podrían contar mejores, pero mi privilegio en el día de hoy es poder hacer públicas las mías.

Hace ya muchos años, quizás más de veinte, una alumna de Filología Románica de la Universidad de Granada se enfrentaba a la tarea de escribir un trabajo para la asignatura de Literatura española contemporánea; dada su enorme admiración por D. Miguel, eligió como tema de estudio "Los niños en la obra de Miguel Delibes" y se puso manos a la tarea: devoró sus novelas, extrajo las fichas necesarias y se dispuso a leer la bibliografía pertinente para dar forma académica a sus impresiones. Pronto se sintió perdida e incapaz de progresar, pues apenas encontró nada escrito sobre su tema de reflexión. En la España de entonces, la infancia como tema literario y, consecuentemente, como capítulo de crítica literaria no se consideraba ni interesante ni pertinente. Pero nuestra estudiante universitaria no se arredró ante las dificultades y desde la lejana Granada, sin más amparo que la fe en su trabajo, escribió a Delibes, planteándole sus dudas y sus problemas. Cuál no sería su sorpresa cuando a los pocos días recibió contestación – ¡qué letra de tinta azul y qué tarjetas tan inconfundibles! –, revelándole las claves que necesitaba. Hoy, aquella alumna todavía guarda como oro en paño el regalo que le hizo alguien que para ella estaba más cerca de los dioses que de las cuitas de los mortales, sobre todo si esos mortales eran estudiantes de Literatura española.

Andando los años, me encontraba gravemente enfermo encerrado entre las cuatro paredes de un hospital madrileño; la recuperación fue lenta y decidí llenar las horas larguísimas con lecturas mucho tiempo aplazadas; <sup>en la granja</sup> consumía a diario novelas enteras de Cela, García Márquez, Vargas Llosa, Azuela, Sender, Frank Yerby y, sobre todos, de Delibes, mi descubrimiento por aquellas fechas: *Cinco horas con Mario*, *La hoja roja*, *Las guerras de nuestros antepasados*, *Diario de un emigrante*, etc. fueron cayendo bajo mi afición implacable; Delibes supo casualmente,

un jueves en la Academia, que un muchacho olvidaba los dolores mientras leía páginas y páginas de sus escritos. Al jueves siguiente, entrada la noche, me hicieron llegar un puñado de libros, entre ellos *Las ratas* y *Diario de un cazador*, firmados de su puño y letra con unas dedicatorias conmovedoras. No sé si entonces le di las gracias. Si no lo hice, aprovecho la ocasión ahora, pagando con una larga memoria mi deuda.

\* \* \*

Por todo lo dicho, y por lo mucho más que hubiera querido decir, espero que haya quedado de manifiesto que al conferir a D. Miguel Delibes el grado de Doctor *Honoris causa* no hacemos en la Universidad de Alcalá sino un acto de estricta justicia, por más que sea, al mismo tiempo, extraordinariamente grato. A partir del día de hoy, tras recibir entre nosotros al doctorando con júbilo y afecto incontenibles, tendremos el inmenso orgullo de podernos llamar 'compañeros' de Miguel Delibes, pues con él partiremos el pan de la sabiduría humana, que nutre las mentes y los corazones. Con ese fin, y ya sin más dilaciones, me decido a pronunciar la fórmula tradicional, de uso en ocasión como ésta:

**Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, Excmo. Sr. Rector Magnífico, Excmas. e Ilmas. autoridades universitarias, dignísimos claustrales, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego que se otorgue y confiera al Excmo. Sr. D. Miguel Delibes el supremo grado de Doctor *Honoris causa* por la Universidad de Alcalá.**

He dicho.

Universidad de Alcalá, a treinta de mayo de 1996.

# DISCURSO DE INVESTIDURA

DEL

## EXCMO. SR. D. MIGUEL DELIBES

## LA FUNCION DE LOS PERSONAJES

Ante todo quiero agradecer a esta histórica Universidad y muy especialmente a su rector y su Facultad de Letras, esta honrosa distinción de incorporar mi nombre a la nómina de doctores honoris causa que desde su fundación vienen cooperando a mantener su prestigio. Y al profesor Antón Alvar, su laudatio, afectiva y generosa, que hace ya definitivamente impagable mi deuda de gratitud con la brillante dinastía de los Alvar. Cumplido gustosamente este deber elemental voy a dedicar unas palabras a la función de los personajes en la novela, completando en cierto modo lo que ya anticipé en esta entrañable aula hace dos años con ocasión de recibir de manos del Rey el premio Cervantes de Literatura.

De aquel discurso y de estas pocas palabras de hoy, se puede deducir que para mí la creación de personajes constituye la tarea principal que el novelista realiza. Y lo considero así desde el momento en que unos personajes que vivan de verdad hacen verosímil un absurdo argumento, determinan el "tempo" novelesco y hacen de la estructura unos ingeniosos portarretratos cuya existencia apenas se percibe. Poner en pie unos personajes de carne y hueso e infundirles aliento a lo largo de doscientas páginas es, pues, la operación más delicada de cuantas el novelista realiza. Y hasta tal punto creo esto así que no dudo en formular esta conclusión: una novela es buena cuando pasado un tiempo después de su lectura los tipos que la habitan permanecen vivos en nuestro interior, los recordamos, somos capaces de presumir sus reacciones ante los estímulos que la vida nos ofrece a diario y es mala, cuando transcurridos unos meses de su lectura, se difuminan, se confunden con otros personajes de otras novelas para finalmente olvidarse.

Dada la preminencia del personaje en la novela parece natural que el resto de los factores que en ella se conjugan se plieguen a sus exigencias. Tal, por ejemplo, la técnica, lo que podríamos llamar la fórmula para resolver un libro. Antes de la creación propiamente dicha, es el narrador el único que sabe lo que quiere decir en su novela, aunque en buena medida no vaya a expresarlo por sí mismo sino

mediante los "alter egos" que son sus personajes. En consecuencia, el personaje influye en la novela antes de que el novelista se haya sentado a escribirla. De lo que quiera decir en ella dependerá no sólo la construcción sino el tono y el enfoque de la misma. El novelista podrá optar así por el relato objetivo o subjetivo, el relato en primera o tercera persona, la técnica de la socialización donde todos los personajes emergen de las páginas del libro a un mismo nivel o por la técnica astral con un protagonista en el centro y un coro de personajes satélites alrededor. En cualquiera de estos casos y en otros que podría enumerar, la técnica a adoptar viene dictada no sólo por el tema sino también por los personajes. Técnicamente no puede tratarse lo mismo el problema de un pueblo en la agonía, que es el caso de mi novela "Las ratas", que el de un hombre acosado por la mediocridad y la estulticia que es el caso de mi novela "Cinco horas con Mario". En última instancia serán este hombre, Mario, o los habitantes de aquel pueblo, los que aconsejen en buena medida la técnica a utilizar. Si cada argumento, como parece obligado, no tiene más que una solución adecuada dentro de cada cabeza, es claro que el novelista está obligado a buscarla. Pero su solución mejor no tiene porque coincidir con la mejor solución de otro novelista aun tratándose del mismo tema. En cualquier proyecto de novela existen unas imposiciones de los personajes y otras imposiciones del propio novelista. Este no deberá mostrarse sordo a las exigencias de aquellos aunque sea su decisión la que termine por prevalecer, lo que equivale a decir que no creo en la rebelión de los personajes, aunque admita que un relato puede malograrse lo mismo porque la personalidad del autor se muestre tan absorbente que anule las de sus criaturas, como porque aquel, en un exceso de simpatía hacia sus muñecos, pierda el timón de la nave y termina por naufragar.

La búsqueda de la fórmula literaria a adoptar es, repito, una operación previa a la redacción de la novela en la que los personajes, aun nonatos, tienen decisiva influencia. Hallar la fórmula adecuada es encontrar vía libre a la creación, y, por el contrario, aplicar una fórmula equivocada suele ser tan catastrófico como hacerlo en un problema matemático puesto que este tipo de errores se potencian ineluctablemente con el transcurso del tiempo.

En nuestros días, el arte vive momentos críticos. La sed de mudanzas, la fiebre de

originalidad, prevalece sobre todo. A menudo el escritor, como otro artista cualquiera, entiende que las fórmulas puestas en juego por sus predecesores han caducado, carecen de vigor, ya no se llevan. Y, entonces, invierte frívolamente los términos del proceso creador y concentra en la fórmula sus facultades. Inventa una fórmula antes de tener un tema y unos personajes. "Voy a contar algo mediante esta fórmula", parece decirse, pero aun no sabe qué decir ni que personajes utilizar para decirlo. Lo único que le mueve es la fórmula. Otra veces, el escritor decide utilizar las fórmulas empleadas por otros escritores olvidando que en el mundo hay tantas realidades como pares de ojos lo contemplan y que si llegara el día en que todos viéramos la realidad objetiva de la misma manera, el arte habría perdido su razón de ser.

Por esta razón, si yo veo, siento y pienso como yo, me equivocaría si tratara de hacerlo como X aunque sus recursos literarios me parezcan eficaces y seductores. La infidelidad a nosotros mismos no puede conducirnos a buena parte. De ahí que me muestre escéptico ante modas pasajeras, fórmulas narrativas anticipadas, adoptadas con la única finalidad de epatar al lector. El novelista, después de escuchar a los personajes, ha de buscar la fórmula constructiva que precise para que la historia que nos va a contar y las personas que han de vivirla quepan cómodamente en ella. De ahí mi desazón ante ciertas corrientes narrativas que prescindan del tema y los personajes para quedarse en la pura fórmula como si esta encerrara un atractivo en sí misma. Estos narradores conducen al lector hasta el puente de que hablaba Ortega refiriéndose a la novela y le abandonan en él; del otro lado, en la ribera opuesta, no hay nada, está el desierto, el vacío más desolador.

Pero el personaje sigue siendo un elemento esencial a la hora de esbozar los planos de la novela. Esos personajes los encontraremos unas veces fuera de los límites físicos del creador y otras, al menos en parte, dentro, en lo más profundo de él. Porque a pesar de ser la novela un género de ficción está claro que ningún autor se ha acercado a ella olvidándose de sí mismo. Ante este hecho incontravertible cabe preguntarse: ¿Qué parte de sí revela el novelista en sus personajes? ¿En qué medida se desnuda en ellos? No hay que olvidar que la novela debe ser una ar-

monía y que junto a aspectos de la vida del autor, debe caber en ella la vida circundante y aquella otra vida que no llegó a ser pero que uno puede imaginarse como hubiera discurrido si hubiera sido. Autobiografía, observación e invención vienen a ser entonces los tres afluentes que forman el caudal de la novela. Y ¿en qué proporción los utiliza el narrador? Es obvio que no hay una receta general, que es la propia personalidad del novelista, quien establece esa proporción. No existe un novelista igual a otro. Quiero decir que el novelista quimérico inventará quimeras en tanto otro, más curioso o imaginativo, rebuscará en su experiencia vital o en lo que ocurre en su derredor para darnos las claves de su novela. En todo caso, si lo que el novelista pretende facilitarnos es una visión del hombre y de las tribulaciones de su corazón, rara vez, por fantasioso que sea, prescindirá de sí mismo, el hombre de entre todos que mejor conoce. Sin embargo hay escritores que narran bien, incluso artísticamente sus vidas, pero tras ese ejercicio se agotan, no disponen sino de un chispazo efímero de genio que no va más allá de la propia experiencia. Estos escritores se complacen en su imagen ante el espejo pero les falta curiosidad para adentrarse en la vida ajena, y fantasía para inventarse una nueva, de tal manera que si aspiran a escribir un segundo relato habrán de esperar a almacenar un nuevo caudal de impresiones y vivencias. Y hasta es posible que si lo que vertieron en la primera novela, antes que su personal andadura, fue su filosofía vital, la segunda novela y aun las posteriores no pasarán de ser un remedo de la primera. He aquí un novelista de una sola novela. El creador en este caso no consigue salir de las rodadas iniciales, no sabe inventar, se resiste a observar, administra mal su caudal autobiográfico, no acierta a dividir en porciones suyo, a darse indirectamente y con cuentagotas, cuando ésto, entiendo yo, es el secreto del novelista. El auténtico narrador recata dentro de sí no solo el personaje que es en la vida sino los cientos de personajes que a lo largo de ella pudieron encarnarse en él.

Vivir es optar entre diferentes alternativas y son estas decisiones las que conforman la personalidad. Pero la fantasía del novelista debe ser tan rica como para imaginar lo que podría haber sido su vida de haber tomado un camino que en la realidad desdeñó. Es decir, novelista es aquel que mentalmente sabe crearse una

vida distinta de la vivida; convertir el memorialista en visionario. Apurando esta idea llegaremos a la conclusión de que lo que caracteriza al narrador es la facultad de desdoblamiento (no fui así pero pudo ser así). Tan admisible es entonces que nos cuente lo que le ha ocurrido como lo que podría haberle ocurrido si alterásemos los supuestos de los que realmente partió. Lo importante es la capacidad del autor para desdoblarse en otra persona, metamorfosis de cuyo acierto dependerá la posterior acogida del libro por los lectores, ya que en todo relato la identificación autor-personaje en el momento de la creación determinará la identificación lector-personaje llegada la hora de la lectura.

Pero estoy hablando de personajes protagonistas cuando hoy abunda en el mundo la novela sin protagonistas, esto es con protagonista colectivo. En estas narraciones todos los personajes suelen ser secundarios. Ninguno es tan importante como el problema que a través de ellos trata de plantear el autor.

Con frecuencia también, el novelista resume su yo en el protagonista, que se convierte así en el "alter ego" del autor, mientras los personajes secundarios asumen en la obra el papel de reactivos. Es decir su actuación en el relato no tiene otro objetivo que el de incitar al protagonista a desenmascararse a fin de dotarle del mayor relieve posible. En estos casos, la tropa de personajes complementarios que el autor ha creado se moverá inevitablemente en planos subalternos. Esta forma de utilizar el personaje suele ser habitual en las novelas de Baroja para quien los secundones representan unos útiles comodines que, como él decía, "entran y salen en la novela como en la vida, sin decirnos de donde vienen y adonde van. El novelista no se preocupa de seguirles la pista cuando no le son necesarios".

En una palabra, y para cerrar esta reflexión, todo personaje de novela conlleva, fatalmente, algo de su autor: su vida real, su vida posible o su propio pensamiento que éste es el caso de Albert Camus, Thomas Mann, Lionel Trilling y tantos otros escritores que encontraron en la novela un vehículo difusor de sus ideas de marco más amplio que el ensayo.



